



En esta carta, escrita desde América durante su segundo viaje, Don Orión da cuenta de cómo ha sido su viaje, el trabajo intenso que ha debido realizar y el espíritu de familia que le rodea. Además, agradece la ayuda recibida para las diversas Casas de la Divina Providencia, exhortando a todos a vivir la Caridad del Señor.



Victoria, 4 de noviembre de 1934,
Fiesta de San Carlos.

A los amadísimos Hijos de la Divina Providencia: Sacerdotes, Clérigos, Ermitaños ciegos y videntes, a los Aspirantes, llamados Amadísimos y a los Probandos.

A las Hermanas Misioneras de la Caridad, a las ciegas adoratrices del Santísimo Sacramento y a las Hijas de la Virgen de la Guardia.

A mis inolvidables Benefactores y Benefactoras, a mis huérfanos, a nuestros buenos Viejos y Viejecitas, a todos los Internados, sanos y enfermos, a los Jóvenes, que son educados en los Institutos y escuelas de la Pequeña Obra, y a todos los que viven en las Casas de la Divina Providencia. A todos y cada uno

mando in Domino mi saludo más cordial y el saludo fraterno de nuestros Sacerdotes, Clérigos, Ermitaños y Hermanas Misioneras de la Caridad, que trabajan en la viña del Señor en Brasil, en Uruguay y en la Argentina.

¡La gracia y la paz de Jesucristo esté con ustedes, o mis amados, y con nosotros, siempre! Y que haga que todos seamos un solo corazón y una sola alma, cor unum et anima una, a los pies de la Iglesia y del “dulce Cristo en la tierra”, el Papa: pequeños, humildes, firmes, fieles, amantes de amor filial y dulcísimo a la Iglesia, a los Obispos y a la Santa Sede, hasta la consumación de nosotros, ¡hasta el martirio!

“En Ti y solo por Ti...”

Esta es la primera carta, oh amadísimos míos, que finalmente tengo la alegría de poderles escribir, o sea a todos colectivamente, desde esta lejana América, lo había deseado tanto, pero los días pasados a bordo y aquí fueron, por gracia divina, dies pleni, plenos de un trabajo intenso, diría arrollador, y pasaron como un rayo. No he permanecido siempre aquí en Buenos Aires, he estado ya en La Plata, en lo de ese Excelentísimo Arzobispo Mons. Alberti, que nos ama tanto. He pasado también varios días en Mar del Plata, y estuve también en Uruguay, pero de esto les escribiré más adelante.

Ahora tengo el gusto de decirles que los nuestros de Sudamérica, gracias a Dios, están todos bien, así también los que vinieron conmigo. Está enfermo Don José Gandini, que se encuentra en Montevideo, en el Patronato de Obreros, junto a Don Montagna y Don Szymkus. He ido a verlo, no se mantiene bien en pie, pero mejora, celebra, y espero que, dentro de no mucho, pueda volver a hacer algo.



“En la travesía, ninguno de nosotros ha sufrido, todos hemos podido celebrar cada día, y hacer obra de ministerio: catecismo, confesiones, también de adultos. Tal vez sabrán ya de eso. El Señor me llamó para ser como el confesor de todos sobre el Conte Grande, venían de día, venían de noche: para mí y para muchos ha sido un inefable consuelo. El mar estuvo siempre tranquilo; fue un viaje de verdad felicísimo a ese respecto. No podía ser de otro modo: el buque llevaba al Legado Papal, el Eminentísimo Cardenal Pacelli, que el Santo Padre había enviado. Además de ser un hombre superior, es un verdadero y gran siervo de Dios: todos aquí lo han sentido y se lo van repitiendo...”



Todos estuvieron a mi lado, con un amor muy conmovedor, que no les sé decir, con gran afecto me solicitaron noticias de ustedes y del desarrollo de nuestra querida Congregación, comenzando por aquellos que vi en Río de Janeiro y en Santos, en las breves escalas del Conte Grande en los puertos de Brasil. En Río de Janeiro descendió Don Juan Lorenzetti, destinado para el Brasil y nosotros nos detuvimos para poder visitar el instituto que tenemos allí. Este está a los pies del Corcovado, sobre cuya cima se levanta majestuoso el Cristo Redentor, la más alta estatua de Cristo que hay en el mundo. Allí arriba Su Eminencia, el Cardenal Legato, a su regreso a Italia, deteniéndose en Brasil, invocó sobre todos los pueblos la paz y la bendición de Dios.

Nuestro Instituto tiene su capilla pública, escuelas y alrededor un vasto terreno. Es propiedad de la Congregación y no tiene deudas.

Se llegó a Santos al anochecer, estaba ya oscuro: encontramos a Don Mario Ghilione, a Don Martinotti y a Sacerdotes amigos, llegados desde San Pablo. La parada fue brevísima, ¡pero qué bien nos hizo volver a ver a los nuestros! De Brasil he querido que venga con nosotros al Congreso Eucarístico Don Ángel Depaoli, también para que vea a los Cohermanos que están en Argentina y en Uruguay, donde él no ha estado nunca. Y así pudo visitar estas Casas de las Hermanas de la Madre Michel de Alejandría de las cuales tiene en América como la dirección. Tenemos muchos deberes hacia esa alma santa de la Madre Michel y me es grato hacérselos recordar. En la

“En Ti y solo por Ti...”

travesía, ninguno de nosotros ha sufrido, todos hemos podido celebrar cada día, y hacer obra de ministerio: catecismo, confesiones, también de adultos. Tal vez sabrán ya de eso.

El Señor me llamó para ser como el confesor de todos sobre el Conte Grande, venían de día, venían de noche: para mí y para muchos ha sido un inefable consuelo. El mar estuvo siempre tranquilo; fue un viaje de verdad felicísimo a ese respecto. No podía ser de otro modo: el buque llevaba al Legado Papal, el Eminentísimo Card. Pacelli, que el Santo Padre había enviado. Además de ser un hombre superior, es un verdadero y gran siervo de Dios: todos aquí lo han sentido y se lo van repitiendo...

Los pobres Hijos de la Divina Providencia no podían temer tener un viaje poco bueno, también porque, como todos saben, unas semanas antes de embarcarnos, había ido a Castelgandolfo a arrojarme a los pies del Papa, y a los pies del Papa fueron también los sacerdotes que debían partir junto conmigo. La Bendición del S. Padre había descendido ampliamente sobre nosotros, y también sobre las Casas de la Congregación, sobre nuestros Benefactores y Benefactoras, sobre todos nuestros amados jóvenes, sobre todos nuestros amados pobres. ¡Qué bien hace la bendición del Papa! ¡La Bendición del Papa es la Bendición de Dios! ¿Cómo podíamos, entonces, temer no tener un viaje feliz?

Y otra especial Bendición del Vicario de Cristo nos alcanzó ya en alta mar, por

radiotelegrafía, en los primeros días de navegación, cuando era más vivo el dolor de la separación de ustedes, y precisamente cuando estábamos por dejar el Mediterráneo y entrar en el océano. El Papa nos bendecía “invocando celeste protección”. ¡Oh el consuelo que nos ha traído la paterna y augusta palabra de Su Santidad! ¡Sí, lo sentimos!..

Les he dicho que he estado ya en Uruguay, después del Congreso. Al venir de Italia, el buque no atracó en el puerto de Montevideo; se llegó allí alrededor de las nueve de la noche, estaba ya muy oscuro, el buque se detuvo distante del muelle. No nos dejaron descender, dijeron que nadie podría subir: las luces del puerto aparecían lejanas. Perdida toda esperanza, fui a acostarme y me dormí. De repente fui despertado por gente que entraba en la cabina, y me veo adelante a Don Montagna, Don Szymkus y el grupo de los nuestros, todos alegres. Me levanté rápido y piensen ¡qué alegría, qué fiesta! Pero fue demasiado breve; entonces prometí que iría pronto a verlos, al final del Congreso. Desde Buenos Aires a Montevideo hay sólo siete horas de mar.

El encuentro con nuestros afectos en Río de Janeiro, en Santos, en Montevideo y luego aquí, el sentirme rodeado de tanto amor, me hizo mucho bien. También el hecho de encontrar aquí a tantos antiguos alumnos muy queridos, y tantos ya padres de familia que, después de años y años, lloraban adelante mío como niños, volver a ver amigos, compañeros, benefactores;

“En Ti y solo por Ti...”

encontrar Obispos, Arzobispos tan benévolos, me hizo mucho bien al espíritu y me mejoró también la salud. Últimamente, en Italia, Dios había permitido que sufriera un poco por Su amor.

También el corazón había sufrido mucho al dejarlos, oh mis queridos hijos, mis queridos pobres, queridos Benefactores: nunca sentí que los amaba tanto en el Señor como en esta partida. Pero Él ha querido prepararme aquí mucho consuelo, et in primis el consuelo grande, infalible de los triunfos eucarísticos.

También el hecho de no haber podido verlos a todos, antes de la partida de no haber podido mandar a cada uno de ustedes una palabra, un saludo, me ha apenado mucho y fue un gran sacrificio. Mas he puesto a ustedes y a mí entre los brazos y sobre el corazón de la Santa Virgen, y así me siento siempre cerca de ustedes, los recuerdo a toda hora con el corazón, ruego por todos. He sentido el efecto de las oraciones de ustedes y les agradezco tanto: continúen con esta ayuda tan grande.

Con la oración podremos todo, sin oración no podremos nada. Es con la oración que se hacen las cosas. Nosotros podemos plantar y regar, pero sólo Dios puede dar el incremento, mas el medio más eficaz de ayudar a nuestras obras, a nuestros esfuerzos, es que rueguen por todos con fervor y constancia. Les agradezco por todo lo que han hecho por mí y por las Obras de la caridad que Nuestro Señor, por su misericordia, ha venido suscitando sobre mis pasos, y ruego a Dios que los recompense abundantemente por ello.

Agradezco a nuestras Benefactoras y Benefactores, que con tanto espíritu cristiano me han ayudado siempre generosamente. No dudo que desearán continuar con su obra de caridad en Nuestros Institutos, tanto más ahora que Don Orione está lejos: Ustedes tendrán de la mano de Dios cien veces más de aquello que den y la vida eterna. Nuestros huerfanitos y huerfanitas, las ciegas, los ciegos, los enfermos, los pobres, los epilépticos, todos los internados de las Casas de la Divina Providencia rezarán por los Benefactores junto conmigo: ¡la voz de los inocentes, de los pequeños y de los pobres es siempre escuchada por Dios! Nuestros Clérigos, los Sacerdotes, Los Misioneros y también las Hermanas Misioneras recordarán siempre a quien hace el bien.

A ustedes, hijos míos, les recomiendo espíritu de gran humildad, de fe, de caridad, de sacrificio: que haya en todos una competencia por trabajar, por ser

“

“Les agradezco por todo lo que han hecho por mí y por las Obras de la caridad que Nuestro Señor, por su misericordia, ha venido suscitando sobre mis pasos, y ruego a Dios que los recompense abundantemente por ello. Agradezco a nuestras Benefactoras y Benefactores, que con tanto espíritu cristiano me han ayudado siempre generosamente... Ustedes tendrán de la mano de Dios cien veces más de aquello que den y la vida eterna. Nuestros huerfanitos y huerfanitas, las ciegas, los ciegos, los enfermos, los pobres, los epilépticos, todos los internados de las Casas de la Divina Providencia rezarán por los Benefactores junto conmigo: ¡la voz de los inocentes, de los pequeños y de los pobres es siempre escuchada por Dios!..”

”

“En Ti y solo por Ti...”

los faquines de Dios, los faquines de la caridad. ¡Sólo con la caridad de Jesús se salvará el mundo! Con la ayuda divina, debemos llenar de caridad y de paz los surcos que dividen a los hombres, llenos de egoísmo y de odio.

¡Trabajemos y sacrifiquémonos en humildad, para gloria de Dios! Soli Deo honor et gloria! Que reine siempre entre ustedes la hermosa, suavísima unión y concordia, que ha hecho siempre de nosotros un corazón solo y un alma sola, a los pies de la Iglesia. Trabajemos para salvar a las almas, especialmente a la juventud más pobre y a los pobres más abandonados. Amen y hagan amar a nuestra amada Patria, amen y hagan amar a todas las Autoridades, y por ellas roguemos...

Después de confiarlos a Dios, a la Santa Virgen, oh mis amados Sacerdotes Clérigos, Ermitaños, Probandos, Huérfanos e Internados, los confié a Don Sterpi, y se que los pongo en buenas manos: tengan confianza en El, que bien se la merece. Ya otra vez les he escrito que si Dios me dijera: Te quiero dar un continuador que sea según tu corazón, Le respondería: Deja, oh Señor, porque ya me lo ha dado en Don Sterpi.

A Él, a los Sacerdotes más ancianos de la Congregación, a los Directores de las Casas, que ya tanto han trabajado en el vasto campo de la Divina Providencia, denles muchas consolaciones, muchos miramientos, muchos cuidados. Hacia todos los Superiores y los Sacerdotes toda la docilidad, el respeto y la

obediencia. Lo que hagan por Don Sterpi y por sus Superiores, lo consideraré como hecho a mi. Roguemos por los Cohermanos, Parientes y Benefactores difuntos.

¡Espero volver pronto, mas, de todos modos, que se haga sobre mí la voluntad del Señor! Y ahora déjeme terminar; espero escribirles para Navidad.

Querido Don Sterpi y mis queridos Sacerdotes, ¡adiós! Espero que estén bien, ¡qué el Señor los asista, los consuele, este siempre con ustedes! que bendiga el trabajo de ustedes y sus sacrificios. Don Sterpi y Sacerdotes; ¡Ave María y adelante!

A ustedes, Sacerdotes, Clérigos, Hermanas, que están trabajando por Dios, por la Iglesia, por las almas, lejos de Italia, en Rodi, en Polonia, en Norteamérica, una bendición especialísima: ¡Ave María y adelante! Reciban los saludos de todos.

Queridos Clérigos y Probandos, queridos Ermitaños, esperanzas de nuestra humilde Congregación, más caros a mi que la pupila de mis ojos, sean fieles a su vocación, sean fuertes, sean humildes, trabajen con pureza de vida y con generosidad de ánimo: ¡Ave María y adelante! Recen, recen y frecuenten siempre bien los Santos Sacramentos.

Buenas Hermanas, las bendigo ampliamente también a ustedes: recen, trabajen, sacrifíquense por hacer el

“En Ti y solo por Ti...”

bien; el Paraíso pagará todo. Aquí he visto a las Cohermanas misioneras; ellas hacen el bien, son estimadas, necesitan de otras que las ayuden. ¡Coraje! ¡Ave María y adelante!

Oh mis queridos Huérfanos, o pobres Viejecitas, y todos ustedes, mis amados Enfermos, que son el tesoro y el amor de la Iglesia y de nuestra Congregación, que son tanta parte de mi corazón y de mi vida, rueguen por mí y por la Pequeña Obra de la Divina Providencia, que es la casa de ustedes; ofrezcan sus dolores a Jesús y a la Virgen. Amemos tanto al Señor, hagámonos santos: ¡Ave María y adelante!

Mis Benefactoras y Benefactores, siempre adelante en la caridad: ¡una eterna merced les prepara el Señor! También a ustedes déjenme que les diga: ¡Ave María y adelante! De ese bien que haremos aquí, con la ayuda divina, los haremos partícipes a todos, más especialmente a ustedes, oh Benefactoras y Benefactores nuestros. Con los míos reciban los respetuosos saludos, llenos de gratitud, de todos nuestros Misioneros, los cuales siempre los recuerdan y ruegan por ustedes.

Que la Madre de Dios, María Santísima, extienda su manto celeste sobre nosotros y sobre todos; que nos mire, nos consuele, y nos provea siempre la Santa Virgen de la Divina Providencia.

Humildemente le pido que los bendiga a todos, y yo también, pobre sacerdote, les mando una amplísima bendición ¡Qué la gracia de Nuestro Señor Jesucristo esté siempre con nosotros!

Vuestro afectuosísimo en Cristo Crucificado y en la Santa Virgen.

Sac. Luis Orione de la Divina Providencia

